

convienen en que mostraba singular penetracion y facilidad para comprender. Sus hazañas como guerrero, no dejan duda acerca de su valor. Lo que mejor lo prueba es la resistencia de los Españoles á devolverle su libertad. Causábales temor el haberle de tener por enemigo, y le habian agraviado demasiado para creer que podria continuar siendo su amigo. Sin embargo, siempre se portó como tal con los Españoles, y estos le pagaron con la cautividad, el despojo y la muerte.

El cuerpo del Inca permaneció toda la noche en el lugar de la ejecucion. A la mañana siguiente fué llevado á la iglesia de San Francisco, y alli se celebraron sus exequias con toda solemnidad. Pizarro y sus principales oficiales se pusieron de luto, y las tropas asistieron con devoto recogimiento al oficio de difuntos que dijo el P. Valverde.³⁵ Interrumpióse repentinamente la ceremonia por el ruido de muchas personas que sollozaban y daban grandes gritos á las puertas de la Iglesia. Abriéronse estas de golpe, y la nave principal se llenó de Indias, hermanas y mugeres del difunto, que rodearon al punto el cadáver. Clamaban que no era este el modo de

³⁵ El secretario Sancho pudo haber sufrido, puesto que rece ser de opinion que con estos honores fúnebres quedó Atahutallpa ampliamente recompensado de todas las injusticias que

pudo haber sufrido, puesto que de un golpe le elevaron con ella hasta igualarle con los Españoles Ibid., loc. cit.

celebrar los funerales de un Inca, y manifestaron su intencion de sacrificarse sobre su tumba, para ir á hacerle compañía en la tierra de los espíritus. Ofendidos los circunstantes de tal escándalo, hicieron entender á las mugeres que Atahuallpa habia muerto en la fé de Cristo, y que el Dios de los cristianos aborrecia semejantes sacrificios. Expelieron en seguida á todas ellas de la iglesia, y algunas se fueron á su casa y se dieron muerte á sí mismas, con la vana esperanza de ir á acompañar á su querido esposo en las relucientes moradas del Sol.³⁶

Los restos de Atahuallpa, apesar de lo dispuesto por él fueron sepultados en el cementerio de San Francisco.³⁷ Pero segun cuentan, cuando los Españoles salieron de Caxamalca, fué sacado de allí y llevado ocultamente á Quito en cumplimiento de sus deseos. Los colonos de tiempos posteriores creyeron que con su cuerpo debieron enterrarse algunos tesoros; pero por mas que eschararon el terreno, jamas encontraron ni los tesoros, ni los restos del monarca.³⁸

³⁶ Relacion del Primer Descub., MS.

Véase el Apéndice, N. 10, donde he insertado varias relaciones contemporáneas de la ejecucion de Atahuallpa, que por hallarse manuscritas no pueden ser consultadas con facilidad ni aun por los mismos Españoles.

³⁷ "Oí dicen los indios que está su sepulcro junto á una cruz de Piedra Blanca que está en el cementerio del Convento de San Francisco." Montesinos, Anales, MS., año 1533.

³⁸ Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 22. Segun Stevenson, "In the cha-

Uno ó dos dias despues de estos trágicos sucesos volvió de su espedicion Hernando de Soto. Llenóse de asombro y de indignacion cuando supo lo que se habia hecho durante su ausencia. Fué inmediatamente á buscar á Pizarro y le encontró, segun dice el cronista, "con un gran sombrero de fieltro puesto en la cabeza por luto, y muy calado sobre los ojos,"³⁹ y con las mayores muestras de dolor en su traje y continente. "Grande temeridad ha sido la vuestra," le dijo Soto sin mas preámbulo; "Atahuallpa ha sido vilmente calumniado. No hay un solo enemigo en Guamachucho, ni los Indios sueñan en alzarse. Todo lo he hallado de paz en el camino, y nadie me ha molestado. Si era preciso procesar al Inca, debia habersele mandado á Castilla para que el emperador le juzgase. Yo me hubiera comprometido á ponerle á bordo sin riesgo."⁴⁰ Pizarro confesó que habia obrado con ligereza, y dijo que le habian engañado Riquel-

pel belonging to the common gaol, which was formerly part of the palace the altar stands on the stone on which Atahuallpa was placed by the Spaniards and strangled, and under which he was buried." (Residence in South America, vol. II. p. 163.) Montesiños que escribió mas de un siglo despues de la Conquista, nos dice, "que aun se descubren manchas de sangre en una gran-

de losa que está en la cárcel de Caxamalea, sobre la cual degollaron á Atahuallpa." (Anales, MS., año 1532.)—Apenas pueden ser mayores la ignorancia y la credulidad.

³⁹ Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 22.

⁴⁰ Ibid., MS., ubi supra.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—V. el Apéndice, N. 10.

me, Valverde y los demas. Tales inculpaciones llegaron pronto á oídos del tesosero y del domínico, quienes á su vez se escusaron echando en su cata la culpa á Pizarro como á único responsable de aquel hecho. La disputa tomó cuerpo, y los circunstantes les oyeron desmentirse varias veces unos á otros.⁴¹ Esta rencilla vulgar entre los gefes, estando aun tan reciente el caso, es la mejor prueba de la iniquidad de su manejo y de la inocencia del Inca.

El trato dado á Atahuallpa es sin duda de principio á fin, uno de los mas negros capítulos de la historia colonial de España. Podrán encontrarse en ella matanzas mas en grande, y ejecuciones acompañadas de mayor refinamiento de crueldad. Pero los ensangrentados anales de la conquista, no presentan otro ejemplo semejante de una persecucion premeditada y sistemática, no contra un enemigo, sino contra quien se habia portado siempre como amigo y como bienhechor.

Desde el punto en que Pizarro y sus compa-

⁴¹ Este extraño suceso se encuentra referido en Oviedo; no en el cuerpo de la narracion sino en uno de esos capítulos adicionales en que amontona los detalles mas inconexos, aunque á veces muy importantes, relativos á los principales acontecimientos de su historia. Como Oviedo trató familiarmente á los princi-

pales personajes que figuraron en ellos, los testimonios que recogió, aunque no siempre con mucho discernimiento, forman una autoridad respetable. El lector hallará colocada la relacion que da Oviedo de la muerte del Inca, en el Apéndice, N. 10, entre los otros pasages relativos á esta catástrofe.

ñeros, llegaron á entrar á donde alcanzaba el poder de Atahuallpa, los indígenas se declararon sus amigos. Lo primero que hicieron los Españoles al pasar las sierras fué cautivar al monarca y asesinar á sus vasallos. El apoderarse de la persona del príncipe, podria vindicarse por los que piensan que el fin justifica los medios, alegando que era indispensable para hacer que triunfase la Cruz. Pero no puede disculparse de este modo la matanza de un pueblo desarmado é inofensivo, crueldad tan atroz como superflua.

Aprovecharon los Castellanos la larga prision del Inca para arrancarle sus tesoros, por tantos medios como la codicia sabe sugerir. Durante este funesto periodo, él se manejó siempre con notable generosidad y buena fé. Dió paso libre á los Españoles por toda la estension de su imperio, y les proporcionó cuanto necesitaron para llevar á cabo sus designios. Logrados estos, ya solo fué para ellos un estorbo, y entonces, apesar de la promesa, clara ó implícita, de restituirle su libertad, (y ya hemos visto que Pizarro por un acto solemne le declaró libre de toda obligacion en lo relativo al rescate) fué arrastrado ante un tribunal de burlas, y bajo pretextos tan falsos como frivolos fué condenado á una muerte horrible. La conducta de los Españoles para con su desgraciada víctima, respira de principio á fin barbaridad y mala fé.

No es fácil absolver á Pizarro del cargo de ser en gran parte responsable de esta conducta. Sus defensores se han empeñado en sostener que la necesidad le hizo seguirla á despecho suyo, y especialmente, en la muerte del Inca, cedió con mucha repugnancia á la importunidad de otros.⁴² Pero tras de ser esta una apología bien insuficiente, el historiador que puede comparar los varios testimonios contemporáneos vendrá á parar á un resultado muy diverso. Para él será cosa clara, que Pizarro habia conocido desde los principios que era indispensable quitar de enmedio á Atahuallpa para que su empresa se llevase á cabo. Preveia el odio que debia acarrearle el dar muerte á su real cautivo sin un motivo justificado, y al mismo tiempo que se afanaba por hallarle, rehusaba cargar con la responsabilidad del hecho, prefiriendo el cometerle por deferencia á las sugerencias de otros, mas bien que á las suyas propias. Como muchos políticos perversos, queria aprovechar los frutos de una mala accion, y que otros cargasen con el odio de ella.

42 "Contra su voluntad sentenció á muerte á Atabalipa," (Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.)—"Contra voluntad del dicho Gobernador." (Relacion del Primer. Descub., MS.) "Ancora che molto li dispiacesse di venir a questo atto." (Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 399.) Hasta el mismo Oviedo parece dispuesto á admitir como posible, que acaso los otros engañaron á Pizarro. "Que tambien se puede creer que era engañado." Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib- 8, cap. 25.

Los secretarios de Pizarro dicen que Almagro y sus soldados fueron los primeros que clamaron por la muerte del Inca. Apoyábanles con todo esfuerzo el tesorero Riquelme y los oficiales reales, que la consideraban como indispensable para el provecho de la corona; y por último los rumores de la conspiracion hicieron que los soldados alzasen tambien la voz, de manera que Pizarro, á pesar del cariño que profesaba á su prisionero, no pudo menos de consentir en que se le formase causa. Era necesario guardar la formalidad de un proceso, para dar una apariencia de justicia á un acto semejante. No queda duda de que solo se trataba de una vana formalidad, cuando se advierte la indecorosa precipitacion con que procedieron, habiendo bastado un solo dia para examinar los testigos, pronunciar la sentencia, y ponerla en ejecucion. La complicacion de cargos con que intentaron agravar todo lo posible el delito del acusado, produjo por su misma multitud un efecto contrario, y solo sirve para conocer que de antemano tenian determinado perderle. Si Pizarro repugnaba tanto como parecia, el que fuese declarado delincuente, ¿porqué alejó á Soto, el mejor amigo de Atahuallpa, en el momento preciso de comenzarse la averiguacion? ¿Porqué se ejecutó la sentencia tan de plano, que no se diese lugar á que el regreso de aquel

capitan probase lo infundado del cargo principal, que era á la verdad el único que tocaba á los Españoles? La insigne farsa del luto y del sentimiento que aparentó Pizarro, quien con estos honores al difunto queria manifestar el respeto que le tuvo cuando vivo, fué un velo demasiado trasparente para que pudiese engañar ni aun al mas crédulo.

Estas reflexiones no tienen por objeto el disculpar al resto de la tropa, y especialmente á los oficiales, por la parte que les toca en la infamia de esta accion. Pero Pizarro, como gefe del ejército, era el principal responsable de sus medidas. El no era hombre que se dejase arrebatar de las manos su autoridad, ó que cediese tímidamente á sugerencias ajenas. Durante toda su carrera pública siempre le vemos obrar, tanto el bien como el mal, con la misma política fria y calculadora.

Muchos han referido un cuento que atribuye las causas de la conducta de Pizarro, á lo menos en parte, á resentimientos personales. Dicen que el Inca pidió á uno de los soldados españoles que le escribiese en la uña el nombre de su Dios. El monarca lo mostró sucesivamente á varios de sus guardas, y como al leerlo pronunciaban todos la misma palabra, quedó el bárbaro muy complacido de lo que para él era poco menos que milagro, y no tenia cosa semejante

en la ciencia de su nacion. Cuando mostró lo escrito á Pizarro, este gefe permaneció mudo, y conociendo el Inca que no sabia leer, miró desde entonces con desprecio á un capitán que parecia menos instruido que sus soldados. No acertó á ocultarlo del todo, y sabedor Pizarro de la causa, nunca olvidó ni perdonó el agravio. ⁴³ La anécdota no se funda en la mejor autoridad. Podrá ser cierta; pero es inútil el acudir á resentimientos personales para explicar la conducta de Pizarro, cuando estan á la vista tantas pruebas de una política siniestra y deliberada.

Mas todos los artificios del caudillo español no alcanzaron á conseguir que sus paisanos disimulasen la atrocidad de su conducta. Es cosa singular el observar la diferencia entre el tono de los primeros cronistas del hecho, quanto estaba aun reciente, y el que usan los que escribieron despues, cuando el trascurso de algunos años habia descubierto ya el giro de la opinion pública. Los primeros confiesan descaradamente el hecho y le defienden como provechoso, ya que no necesario, desatándose al mismo tiempo en las mas ásperas censuras contra el carácter de la desgraciada víctima. ⁴⁴ Los últimos por lo

⁴³ Trae esta anécdota Garcilaso, (Com. Real, Parte 2. lib. 1. cap. 38.) y no se halla en ningun otro escritor de la época, á lo que entiendo.

⁴⁴ Ya he apuntado los desen-

frenados epítetos que Xerez prodiga á la crueldad del Inca. Su relacion se imprimió en España en 1534, es decir, el año siguiente al de la ejecucion. Oigamos al otro secretario, Sancho. "Este

contrario, al mismo tiempo que disminuyen los errores del Inca, y hacen justicia á su buena fé, condenan sin reserva á los Conquistadores, añadiendo que el cielo les manifestó bien á las claras su reprobacion, castigando á todos con una muerte prematura y desastrosa. ⁴⁵ La posteridad ha confirmado en todas sus partes la sentencia

soberbio tirano habria pagado la amistad y buen trato que recibió del Gobernador y de todos nosotros, con la misma moneda con que acostumbraba pagar á los suyos, sin que en nada faltasen, es decir, haciéndolos morir." "Questo superbo Tiranno in satisfatione delle molte buone opre & buon trattamento che sempre del Governatore & da ciascuno de gli Spagnuoli della sua compagnia haueua riceuuto: il pagamento delle quali secondo il suo disegno haueua da esser delle sorte, & maniera che egli soleua dar a i Caciqui & Signori del paese, facendo gli vccidere senza colpa o cagione alcuna." (Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 399.) "Merecia la muerte," dice el antiguo Conquistador español antes citado, "y toda aquella tierra se alegró de que se le quitase de enmedio." "Della morte di questo Cacique si allegò tutto quel paese." Rel. d'un Capit. Spagn. ap. Ramusio, tom. III. fol. 377.

⁴⁵ "Las demostraciones que despues se vieron bien manifies-

tan lo mui injusta que fué, . . . puesto que todos quantos entendieron en ella tuvieron despues mui desastradas muertes." (Naharro, Relacion Sumaria, MS.) Gomara usa de un lenguaje semejante. "No ai que reprehender á los que le mataron, pues el tiempo, i sus pecados los castigaron despues; cá todos ellos acabaron mal." (Hist. de las Indias, cap. 118.) Segun el primer autor, Felipillo pagó poco despues la pena de sus delitos, pues le hizo ahorcar Almagro en la jornada de Chile, y entonces "segun dicen algunos confesó que habia trastornado las declaraciones favorables á la inocencia de Atahualpa, volviéndolas contra aquel monarca." Oviedo, harto inclinado las mas veces á escusar los excesos de sus paisanos, condena sin reserva toda esta manobra, (V. Apéndice, N. 10), la que segun otro contemporáneo, "mueve á compasion á cualquiera que tenga un chispa de humanidad en su pecho." Conq. Pob. del Piru, MS.

de los contemporáneos, ⁴⁶ y la persecucion de Atahuallpa se considera con justicia como una mancha indeleble de las armas españolas en el Nuevo Mundo.

46 Quintana es de ello un distinguido ejemplo. En toda su biografía de Pizarro, (Españoles célebres, tom. II.) el escritor se sobrepone á la influencia de las preocupaciones nacionales que obscurecen con frecuen-

cia los ojos de sus paisanos, empuña la balanza de la crítica histórica con mano imparcial, y condena del modo mas terminante á los actores de estas trágicas escenas.

CAPITULO VIII.

DESÓRDENES EN EL PERU.—MARCHA AL CUZCO.—ENCUENTRO CON LOS NATURALES.—CHALLCUCHIMA MUERE QUEMADO.—LLEGADA AL CUZCO.—DESCRIPCION DE LA CIUDAD.—RIQUEZA QUE SE ENCONTRÓ ALLI.

1533—1534.

El Inca del Perú era soberano de su reino en toda la estension de la palabra. Prestábanle una obediencia tan ciega sus vasallos, que ningun déspota llegó jamás á conseguirla igual de los suyos; porque su autoridad alcanzaba á lo mas secreto de la conducta, y hasta á los pensamientos de los individuos. La reverencia con que le trataban, era mayor de la que correspondia á un ser humano. ¹ El no era tan solo el gefe del estado, sino el punto á donde todas sus leyes venian á reunirse como á un centro comun; la clave del edificio político, que debia desmoronarse por su propio peso, tan luego como

1 "Era tanto el temor y respeto que estos naturales tenían á los Ingas," dice Pedro Pizarro, "que mandándoles que se ahorcasen y matasen ó despeñasen lo hacian sin poner en ello escusa ni dilacion." Descub. y Conq. MS.